Revista Ejército, año XXIV, nº 282, julio/1963, pp. 11-20



La puerta de Alcalá en noviembre de 1937. Las pancartas son retratos de Lenin, Stalin y Molotov.

La Guerra de España vista desde el otro lado

Universalidad y actualidad de la Cruzada

A los cinco meses de terminarse nuestra guerra de Liberación comenzaba la segunda mundial. Primero sobre Europa y luego sobre el mundo entero caería el látigo de las luchas humanas con más fuerza que nunca. Pero, además, en el terrible azote se emplearían efectivos, armas y procedimientos no conocidos, los cuales poseían fuerza avasalladora suficiente para borrar, ante las realidades palpitantes, todos los recuerdos del pasado.

Sin embargo, los escritos, los estudios, la propaganda y la oratoria sobre la guerra española seguirían en pie y aun crecerían más y más. En diversas Universidades europeas y americanas se crearían seminarios para hablar y discutir sobre aquélla, y las librerías lanzarían multitud de libros y folletos. El que luego en esas cátedras o en los escritos resplandeciese la verdad, es otra cosa. Aquí sólo afirmamos que la guerra de España nunca fue agua pasada.

¿Por qué? Quizá tan sólo, y ya es bastante, por haber sido una guerra ideológica, en la que se debatían conceptos fundamentales, que luego, a la larga, se proyectarían, y aún se siguen proyectando, sobre todos los hombres; conceptos fundamentales y, además, actuales. El mundo no puede sentirse, por eso, extraño ante nuestros años de 1936 a 1939.

Un escritor anarquista, Diego Abad de Santillán, señalaba ya, en agosto de 1940, refiriéndose a la segunda guerra mundial, estas palabras: «Cuando pueda escribirse sin pasiones de parte la historia de esta hecatombe que nos sume en el desaliento y en la congoja, la guerra de España y el comportamiento de Europa y del mundo ante ella darán la explicación de todo lo que ha sobrevenido después» (1). Y en julio de 1946, en la sala Pleyel, de París, el escritor ruso Simonof diría entre otras cosas: «Para nosotros la segunda guerra mundial comenzó en Madrid y no concluyó en Berlín, sino que tiene que terminar en Madrid.»

De nuestra Cruzada se ha hablado en todos los tonos. Permítasenos emplear ahora uno ajeno a nosotros mismos; usando el lenguaje de aquellos que estuvieron en las trincheras de enfrente, sin quitar ni poner coma. Es una tarea aleccionadora para todos.

(1) Prólogo al libro de J. García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España*; Ediciones Imán, Buenos Aires, 1940.

El Alzamiento y la desintegración del Estado frentepopulista

Del 16 de febrero al 18 de julio de 1936 hay en España sólo una apariencia de Estado, que como tal carece de base. Por ello no puede resistir, no ya a la fuerza de las armas, sino al mero espectro de una sublevación militar.

¿Qué pasa cuando se tienen noticias del Alzamiento? Nos lo van a decir sus enemigos.

El presidente Azaña escribirá, muy poco después, estas palabras, reveladoras de que aquel Estado era una apariencia: «Se produce un levantamiento proletario que no se dirige contra el Gobierno mismo. Secuestran bienes y personas, muchas perecen sin pasar ante ningún tribunal, y se expulsa o se mata a los patronos, a los técnicos que no inspiran confianza, y los sindicatos, radios, grupos libertarios y hasta partidos políticos se apoderan de inmuebles, de explotaciones industriales y comerciales, de periódicos, cuentas corrientes, valores, etc. Tal es ahora el fruto de la revolución: desbarajuste, despilfarro de tiempo, de energía y de recursos y *un gobierno paralítico*» (2).

Salvador de Madariaga, acérrimo enemigo de la causa nacional, señalará a su vez: «Del lado republicano, el gabinete Giral cesó de ejercer la menor autoridad efectiva en cuanto armó a los sindicatos. Los ministros vivieron durante las primeras semanas de la guerra sitiados en el Ministerio de Marina» (3).

Un vasco separatista, Jesús de Galíndez, apuntará: «Días después, el terror anárquico se desató sobre la ciudad. No caben paliativos a la verdad... Cada centro político extremista se transformó en checa de barriada que juzgaba drástica y someramente a los vecinos sospechosos... Y lo que es peor, individuos incontrolados las más de las veces, delincuentes escapados de las cárceles aprovechando la revuelta y la liberación de los presos políticos, se establecieron por su cuenta robando y llevando a cabo venganzas personales» (4).

Estas tres citas se refieren a personas de un matiz hasta cierto punto conservador. Oigamos ahora a los extremistas.

Julio Alvarez del Vayo, socialista del ala izquierda, comunista en rigor, dirá escuetamente: «El Estado se vino abajo y la República se quedó sin ejército, sin fuerzas de policía y diezmado su mecanismo administrativo por desórdenes y sabotajes» (5).

La comunista Dolores Ibarruri, «Pasionaria», agregará: «Todo el aparato estatal quedó destruido y el poder del Estado pasó a la calle» (6).

La anarquista Federica Montseny hará esta apología de aquellas jornadas: «Hemos visto confirmado algo que sólo conocíamos en teoría, a saber: que la revolución, en la que fuerzas controlables e incontrolables operan a la vez de manera imperiosa, es ciega, destructiva y cruel; que una vez dado el primer paso y roto el primer dique, el pueblo se desborda como un torrente por la brecha y es imposible contener su avalancha» (7).

En fin, un extranjero, el socialista italiano Pietro Nenni, figura muy destacada dentro de las Brigadas Internacionales, definió así la situación de la España roja luego del 18 de julio: «El fenómeno más característico de la primera fase de la guerra civil fue la ausencia de un poder, de una dirección central. El Estado no existía..., la autoridad se había hundido... Todo aparecía confuso y caótico» (8).

La atomización de la defensa

La desintegración pasa inmediatamente de la calle al frente. Pero en los primeros días apenas si se da nadie cuenta, en la España roja, de la envergadura de la lucha emprendida, y consecuentemente con ello, los grupos y grupitos se dedican, muchas veces exclusivamente, a hacerse la guerra entre sí.

Volvamos a Azaña: «¿Dónde está la solidaridad nacional? No se ha visto por parte alguna. La casa comenzó a arder por el tejado, y los vecinos, en lugar de acudir todos a apagar el fuego, se han dedicado a saquearse los unos a los otros y a llevarse cada cual lo que podían... El cabilismo racial de los hispanos ha estallado con más fuerza que la rebelión misma, con tanta fuerza que, durante muchos meses, no los ha dejado tener miedo de los rebeldes y se han empleado en saciar ansias reprimidas... Cuando empezó la guerra, cada ciudad, cada provincia quiso hacer su guerra particular» (9).

Arturo Barea ha señalado por su parte: «El orgullo de partido parecía más fuerte que el sentimiento de la defensa común. La victoria de un batallón anarquista era alardeada ante los comunistas; la victoria de una unidad comunista se lamentaba secretamente por las otras. La derrota de un batallón era ridiculizada ante el grupo político al que pertenecía» (10).

Ausencia total de mando militar en la inmensa mayoría de las situaciones. Un oficial profesional que estuvo con los rojos, el comandante Joaquín Pérez Salas, dijo: «Cuando, aparte de una necesidad absoluta, las organizaciones obreras tenían que hacer uso de nosotros, empleaban sólo el mínimo de oficiales estrictamente indispensables para cada caso; los elegidos estaban sometidos a una estrecha vigilancia, y además amenazados por una simple acusación de simpatías fascistas» (11).

La confusión llegó a tales extremos que sería el propio Ministerio de la Guerra, de Madrid, el que sacaría de ella las más ajustadas consecuencias. En efecto, el 25 de noviembre de 1936 publicaría aquél una Circular, de la que son estos párrafos: «Desde el primer momento se pudo apreciar que por falta de un plan orgánico meditado y ordenado se iba a crear una situación gravísima para el régimen, y la experiencia ha dolorosamente comprobado que aquellos presagios no estaban descaminados... Esta desorganización funesta y nefasta se ha mostrado igualmente en el desarrollo de las concentraciones de los reemplazos llamados a filas... y, como consecuencia del abandono y desbarajuste reinante, esos servidores del régimen, al verse desatendidos, rotos, sin comida, sin lecho, sin ropas y sin armas y sin que nadie les prestara atención y cuidados, acababan deprimidos y deshechos» (12).

---

(2) *La velada de Benicarló*; Editorial Losada, Buenos Aires, 1939, págs. 95-96.
(3) *España*, 6.ª edición, Hermes, México-Buenos Aires, 1955, pág. 605.
(4) *Los vascos en el Madrid sitiado*, Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1945, págs. 15-16.
(5) *Freedom's Battle*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1940, página 261.
(6) *Speeches and articles, 1936-1938*, Lawrence and Wishart, Londres, 1938, pág. 241.
(7) *La Revista Blanca*, Barcelona, número de 30 de julio de 1936.
(8) *La guerre d'Espagne*, François Maspero, París, 1960, páginas 43 y 48.
(9) Ob. cit., págs. 105-106.
(10) *The forging of a Rebel*, Nueva York, Reynal Hitchcock, 1946, pág. 536.
(11) *Guerra en España (1936-1939)*, Méjico, 1947, pág. 259 (citado en *El gran engaño*, de Burnett Bolloten: Luis de Caralt, Barcelona, 1961).
(12) Copia de esta circular se encuentra en el Archivo de la Guerra de Liberación del Servicio Histórico Militar.

Quiénes defendieron Madrid

La situación, así descrita, daba automáticamente el triunfo a las armas nacionales, que en los primeros meses de la guerra cortaban la frontera de Irún, liberaban Guipúzcoa, socorrían Oviedo, detenían la avalancha anarquista sobre Aragón y creaban en Andalucía una sólida base de operaciones, amplia y compacta; a la vez que se dirigían vertiginosamente hacia Madrid. Mas, ante la capital de España, quedarían paralizadas en el mes de noviembre. ¿Por qué? Nos lo van a decir autorizadas opiniones.

Oigamos primero las extranjeras.

He aquí la de Pietro Nenni: «Madrid, en apuros, fue socorrida por el armamento soviético y la intervención de las Brigadas Internacionales... Los aviones, los carros de combate, las ametralladoras soviéticas llegaron a España a finales de octubre, con el tiempo preciso para salvar Madrid. Gracias al mando soviético fue posible que las Brigadas Internacionales entrasen en acción dos meses antes del plan fijado; gracias al material soviético fue posible equipar los primeros contingentes del nuevo ejército popular español... La contribución de las Brigadas Internacionales puede decirse, sin exageración, que fue decisiva en noviembre de 1936... En octubre y noviembre de 1936, en el curso de la batalla de Madrid, el material soviético y las Brigadas Internacionales salvaron a España en el momento en que, a pesar de su heroísmo, las milicias se hundían» (13).

He aquí ahora lo que dijo Claude S. Bowess, embajador americano en nuestra Patria desde 1933 a 1939 y amigo incondicional de la «España republicana»: «Pero fue, sobre todo, la llegada de voluntarios que poseían una instrucción militar sólida lo que prestó grandes servicios a los leales. Desde el comienzo de la guerra llegaban de todas partes jóvenes a España para combatir al lado de los gubernamentales... Combatiendo en primera línea, la Brigada Internacional rechazó el asalto y salvó provisionalmente a Madrid» (14). (En realidad no se trataba de una sola Brigada, sino de dos.)

Ved ahora las palabras de Gerald Brenan, escritor francés y exaltado defensor de la España marxista: «El prestigio de la Brigada Internacional, que había salvado a Madrid, fue otro factor» (15).

En cuanto a las opiniones españolas, oigamos primero la del jefe del Gobierno, Largo Caballero: «Con la mayor rapidez que se pudo aparecieron en el frente de Madrid tanques, aviones y ametralladoras. Simultáneamente con la aparición de estas armas, comenzaron a combatir las Brigadas Internacionales. Madrid podía ser salvado» (16).

Antonio López Fernández, secretario general de Miaja y, por tanto, testigo de mayor excepción, ha escrito: «Las columnas internacionales se hallaban bien dotadas. Eran tropas de refresco, animadas de una excelente moral combativa... Las Brigadas llegaron en el momento en que más falta hacían, cuando las reservas de Madrid se estaban agotando por lo recio de la lucha el primero y segundo día» (17).

Salvador de Madariaga comenta así el cambio de rumbo que tomó la guerra a partir de la intervención de las Brigadas Internacionales: «El 8 de noviembre la primera Brigada Internacional, organizada y armada en Francia, salvaba a Madrid de los rebeldes» (18).

El Ejército Popular

Resulta curioso observar que el comunismo fue, de todos los grupos extremistas, el que adoptó, en la España roja y en los primeros tiempos, una actitud más aparentemente conservadora, quizá por tener un punto de vista más realista y práctico. Por lo mismo fue el artífice del Ejército Popular.

Mientras, los anarquistas decían, aún el 27 de octubre de 1936, cuando toda la España roja sufría una derrota general. «No queremos un ejército..., el ejército es la esclavitud, símbolo de la tiranía..., fuera el ejército» (19); los comunistas proclamaban, ya el 21

(13) Ob. cit., págs. 52, 105 y 106.

(14) *Ma mission en Espagne*, Flamarion, París, 1956, página 303.

(15) *El laberinto español*, España contemporánea, París, 1962, pág. 243.

(16) *Mis recuerdos* (edición española, publicada bajo el título de *Correspondencia secreta*, Nos, Madrid, 1961, página 236).

(17) *Defensa de Madrid*. Editorial Márquez, México, 1945, página 119.

(18) Ob. cit., págs. 623 y 329.

(19) *Frente libertario*, número correspondiente al 27 de octubre de 1936.



Manifestación en París.

de agosto de aquel mismo año: «Creemos que todos los partidos y organizaciones pertenecientes al Frente Popular estarán de acuerdo con nosotros sobre la necesidad de crear, en el más breve plazo posible, un Ejército, con toda la eficacia técnica requerida por la guerra moderna» (20). El partido comunista—que al principio estaba muy en minoría—pensaba, con una lógica normal, que sin ejército no se podía ganar la guerra ni conquistar el Estado.

El Ejército regular rojo, o Popular, según el nombre que luego tomaría, fue obra principalísima del referido partido, particularmente a través del llamado «5.° Regimiento», creación suya y al que controlaba de un modo efectivo. Los primeros comisarios de esta singular unidad eran extranjeros y pertenecían al titulado «Ejército Secreto de la Komintern» (21), los cuales supieron infundir a aquel cuerpo una férrea disciplina. De él saldrían las primeras Brigadas Mixtas, base de las mejores unidades rojas, casi todas ellas mandadas por comunistas (22).

En el mes de enero de 1937 se emprendería, por inspiración principal del «P. C.», una campaña de considerables vuelos destinada a hacer ver a unos y otros la necesidad de contar con una organización armada digna de su nombre. La campaña adquiriría en prensa, radio y actos públicos, un carácter ruidoso. Ya el primer día del año, las Juventudes Socialistas Unificadas, controladas por el partido comunista, lanzarían un manifiesto en el que se decía: «El año 1937 tiene que ser el año del Ejército Regular, con un solo mando, con una sola disciplina, con un solo objetivo.» En el Congreso celebrado en la segunda quincena de enero entre las diversas Juventudes marxistas, se abogaría decididamente por la organización de una Fuerza Armada regular. Una proclama del 5.° Regimiento exigiría, entre otras cosas, «la formación de un Ejército Popular único, poderoso, disciplinado, sometido a un mando también único». Y es notable comprobar cómo el ímpetu de esa propaganda acabaría calando en los grupos más reacios a toda disciplina, como los anarcosindicalistas, donde algunos dirigentes confesaban la necesidad de un orden riguroso del que siempre habían abominado (23). Pero las premisas estaban sentadas: el Ejército Popular nacía a la sombra del comunismo.

¿Cómo fue ese Ejército?

Las taras de que adolecía, desde el momento de nacer, pueden apreciarse en multitud de detalles y aspectos de la vida del mismo y, desde luego, de las disposiciones oficiales encaminadas a regular aquella vida. Podríamos esgrimir aquí numerosos documentos, del más vario carácter, pero ceñiremos nuestro trabajo a algunas disposiciones oficiales.

Ya el 16 de febrero de 1937, en un decreto, se daban sospechosas normas para la constitución y funcionamiento de los Tribunales Populares Especiales de Guerra, destinados a entender de los delitos incluidos en el Código de Justicia Militar; tribunales que actuarían con rapidez y ejemplaridad para el mantenimiento de la disciplina y el más exacto cumplimiento, por parte de todos, de sus respectivos deberes».

El 18 de junio se definían los delitos de deserción, abandono de servicio, inutilización voluntaria, maltrato de obra a un superior, desobediencia estando frente al enemigo, etc.; delitos que indudablemente debían ser frecuentes para que se recordaran, señalándoseles, a su vez, una dura penalidad. Cuatro días más tarde se creaba un tribunal especial para juzgar los de espionaje, alta traición y derrotismo, igualmente muy frecuentes.

El 28 de dicho mes se formaban los batallones y compañías disciplinarias en cada Ejército y Cuerpo de Ejército que las circunstancias demandasen y que debían ser verdaderamente acuciantes.

El 6 de agosto se creaba el Servicio de Investigación Militar, con la misión de combatir el espionaje, impedir los actos de sabotaje y realizar funciones de vigilancia cerca de todas las fuerzas armadas. El decreto respectivo comenzaba así: «A lo largo de nuestra lucha se ha podido descubrir la existencia de vastas organizaciones que los facciosos utilizan para el espionaje y el sabotaje.»

La falta de colaboración del «pueblo»—de ese «pueblo» tan traído y llevado en la propaganda roja—con las autoridades de la «España republicana» era indudable, y ello se ve claro a través del dato más significativo: la resistencia a hacer la guerra. Pasados los primeros momentos de exaltación, nadie quería ir al frente y se escondía donde podía. La orden de 7 de marzo de 1937 declaraba que las Escuelas Populares de Guerra eran un pretexto para eludir los peligros del frente, solicitando los milicianos, una vez ingresados en aquéllas, su baja con diversas disculpas y no volviendo luego a las unidades de origen ni a ninguna otra. Y un teletipo dirigido por el general jefe del Ejército del Centro al coronel jefe del Estado Mayor Central, con fecha 30 de agosto de 1937, decía, entre otras cosas: «Del total del contingente de reclutas de 50.936 sólo se han presentado 22.295, por lo que sólo se ha cubierto el 43 por 100 de bajas, quedando unidades, como la 70 brigada, de reserva del ejército, en la que faltan 1.000 hombres» (24).

La ausencia de confianza de los mandos militares en sus subordinados se refleja perfectamente en los siguientes párrafos de las orden circular dada el 13 de junio de 1938 por el Ministerio de Defensa Nacional, elegida entre otros muchos documentos parecidos: «La frecuencia con que vienen produciéndose actos de fraternidad con el enemigo, con los cuales trata éste de desgastar la moral de nuestras fuerzas, reduciendo su espíritu combativo al provocar deserciones, impone medidas de rigor para evitarlos... Se recuerda a todos los jefes el deber de vigilar la moral de sus tropas... Todos los jefes de unidad, desde el cabo al general del Ejército, deberán mantenerse en su puesto sin abandonarlo en ningún caso más que con previa autorización de sus jefes... Cuando los jefes de Ejército consideren que una unidad por su baja moral, insuficiente instrucción o por la reiteración de bajas que revelen inaptitud para el combate, no ofrezca las debidas garantías, podrán proceder a su desarme, disgregando sus componentes.»

Los casos de disolución de unidades fueron muy frecuentes. Sólo al terminar la batalla de Brunete se disolvieron seis Brigadas; y otro tanto podría decirse después de las desgraciadas batallas de Teruel y el Ebro.

(20) *Mundo obrero,* número de 21 de agosto de 1936.

(21) El primero sería el rumano apodado «De Pablo»; el segundo el titulado «Comandante Carlos» o «Carlos Contreras», italiano, cuyo verdadero nombre era el de Vittorio Vidali. (Véase el libro de JESÚS HERNÁNDEZ, *Yo, ministro de Stalin en España,* pág. 59 de la edición española.) El primer comisario español fue el comunista Enrique Líster.

(22) Salvador de Madariaga (ob. cit., pág. 636) ha escrito: «De estas ocho brigadas, cinco estaban al mando de comunistas militantes, bajo el mando directo de los rusos». Jesús de Galíndez (ob. cit., pág. 139) agregará: «El 5.° Regimiento fue la cantera de donde salieron las principales brigadas y divisiones del ejército popular.»

(23) Cipriano Mera, quizá el mejor jefe anarquista, seguramente superior a Durruti y Ascaso, aunque no con la aureola popular del primero, abogaría por un ejército «disciplinado y capaz», en el diario *C. N. T.* (número del 20 de septiembre de 1937).

(24) Archivo de la guerra de Liberación, del Servicio Histórico Militar.

Capítulo largo este de la influencia rusa en la España roja, ejercida unas veces directamente desde Moscú y por personalidades soviéticas, y otras a través del partido comunista español, controlado por el Kremlin.

La influencia diplomática—podríamos decir—comienza muy pronto. Véase lo que al respecto dice el socialista Luis Araquistáin: «Poco después de la formación del Gobierno de Largo Caballero, en septiembre de 1936, el embajador ruso le presentó a un general soviético, Goriev, manifestando que era agregado militar de la Embajada de su país y ofreciéndole sus servicios profesionales. Posteriormente aparecieron nuevos «auxiliares» espontáneos que nadie había requerido, y se introdujeron en el Estado Mayor militar y en los Cuerpos de Ejército, donde daban órdenes a su voluntad» (25).

En otra ocasión, el propio Araquistáin señala: «Más que como embajador, Rosenberg actuaba como un virrey ruso en España. Hacía visitas diarias a Largo Caballero, a veces acompañado de rusos de alta categoría militar o civil. Durante las visitas, que duraban horas, Rosenberg trataba de dar al Gobierno español instrucciones sobre lo que se debía hacer para dirigir la guerra con éxito. Sus sugerencias, que eran prácticamente órdenes, se referían principalmente a los oficiales del Ejército. Tal y tal general o coronel debe ser destituido, y tales y tales nombrados en su lugar. Estas recomendaciones estaban basadas, no en la competencia de los oficiales, sino en sus filiaciones políticas y en el grado de sumisión a los comunistas» (26).

La gran baza de Rusia, para atenazar la política «republicana», eran los envíos de material. Es el propio ministro de Defensa, Indalecio Prieto, el que lo proclama: «Por proporcionarnos material de guerra —no de balde, sino a buen precio, sin regatear y a cuenta del oro que anticipadamente le envió Negrín— hubo Rusia de ingerirse en nuestros asuntos» (27).

El anarquista García Pradas corrobora estas palabras y señala mejor aún la influencia que los envíos de material ruso tenían en la evolución política de la España roja: «Para que la Unión Soviética siguiera enviándonos material de guerra, había que eliminar a los hombres a quienes ponían el veto los comunistas. En efecto, en los últimos meses del Gobierno de Largo Caballero los suministros de Rusia fueron raros. Tan pronto como se le despidió como a una criada respondona, el material soviético volvió a entrar como de costumbre» (28).

Y el comunista Jesús Hernández agrega: «Cuando su política encontraba resistencia en la República, los suministros se espaciaban; cuando se restablecía la armonía, por la subordinación de contrarias voluntades, los suministros fluían de nuevo. Era un tira y

(25) *El comunismo y la guerra de España,* Carmaux, 1939, pág. 24.

(26) Ob. cit., pág. 10.

(27) *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional,* Imprimerie Nouvelle, París, 1939.

(28) *Rusia y España,* Ediciones Tierra y Libertad, París, 1948, págs. 36-37.

Recuerdos de la zona roja. Manifestación en Barcelona.



afloja sobre el descuartizado cuerpo de la España republicana» (29).

Gracias a esta palanca de los envíos de material de guerra, la influencia de Rusia en la política de la España roja fue decisiva. Son de Indalecio Prieto estas palabras: «Stalin no sólo nombraba ministros en España; además, los destituía, complemento natural de aquella facultad» (30).

Muchas unidades eran totalmente incontrolables. El coronel Segismundo Casado dirá a este respecto: «Puedo afirmar con toda claridad que durante la guerra, ni las fuerzas aéreas ni los cuerpos de tanques estaban controlados por el ministro de Defensa Nacional ni, por consiguiente, por el Estado Mayor Central. El ministro y su Estado Mayor ni siquiera tenían conocimiento de la cantidad y tipos de sus armas y sólo conocían la situación de los cañones que se estaban ocupando en las operaciones del momento. Del mismo modo, el ministro y su Estado Mayor ni siquiera conocían la situación ni la existencia de un gran número de aeródromos mantenidos en secreto por los *consejeros amigos* y algunos jefes de aviación que gozaban de su entera confianza» (31).

Largo Caballero concreta así sus acusaciones: «La aviación la dirigía un jefe ruso, aunque oficialmente había un español. La República pagaba el material y los rusos se creían en el deber de tener la dirección de su entretenimiento, de la Escuela de pilotos y hasta de cumplir o no las órdenes de envío de aviación a cualquiera de los frentes» (32).

La captación comunista llegó también a las trincheras rojas, por obra de Rusia. Nos lo delatarán cuatro personas que tenían motivos para saberlo.

Veamos lo que dice Jesús Hernández: «Se reclutaba todo, sin reparar en los antecedentes del neófito: se utilizaron el halago y la coacción, la corrupción y el atropello. Quien se resistía a firmar su boleto de ingreso en el partido o en la juventud sabía que era candidato a las primeras líneas del frente en las unidades de choque, y que sus galones o barretas peligraban. Conseguimos con creces nuestro propósito» (33).

El anarquista Diego Abad de Santillán escribirá al respecto: «El proselitismo mediante la corrupción, el halago, los ascensos, los favores, las coacciones de toda clase, hasta en las mismas trincheras, creó un ambiente de descomposición y de disgusto que debilitó la combatividad y la eficacia del aparato militar» (34).

Largo Caballero dirá: «Por este medio me enteré que en algunos frentes se tenía una preferencia irritante con los que eran comunistas para darles calzado, ropa, tabaco y alimentos; los demás eran cenicientos de las brigadas. Eso, cuando no eran fusilados por la espalda. Del mismo modo supe que en algunos hospitales a los no comunistas no les atendían, medicinaban ni alimentaban debidamente; las atenciones eran para los comunistas afiliados o para los futuros neófitos» (35).

La última declaración será de un oficial profesional, Joaquín Pérez Salas: «Los comisarios comunistas, que eran la mayoría, se esforzaron por aumentar los miembros de su partido con una propaganda incesante... Emplearon todos los medios de que disponían, desde la promesa de futuros ascensos hasta la amenaza de ejecución por ofensas que no habían cometido» (36).

Hay que considerar que junto a la acción militar y política, Rusia montó en España todo un tinglado de carácter policial. Ya Krivitsky señala que en diciembre de 1936 «el terror inundaba Madrid, Barcelona y Valencia. Sus brigadas (las del G. P. U.) llevaban a cabo asesinatos y secuestros. Llenaban ocultas mazmorras... El ministro de Justicia no tenía autoridad ninguna sobre la G. P. U., que era una fuerza dentro de otra. Era una potencia ante la cual algunos de los más elevados funcionarios del Gobierno de Caballero temblaban» (37).

Otro testimonio no sospechoso es el de Abad de Santillán. Oigámosle: «Uno de los aspectos que más nos sublevaba era la introducción de los métodos policíacos rusos en nuestra política interior. Las torturas, los asesinatos irresponsables, las cárceles clandestinas, la ferocidad con las víctimas culpables o inocentes estaban a la orden del día... Lo ocurrido en las «chekas» comunistas de la España republicana cuesta trabajo creerlo» (38).

Y el diputado laborista inglés John Mc Govern diría: «A cambio de la ayuda rusa en armas, la Komintern ha obtenido este poder tiránico y usa de él para encarcelar, torturar o asesinar a los socialistas que no aceptan la línea comunista» (39).

El final de la guerra en el Norte

La atomización política de que se habló en un principio llegó a sus más radicales extremos en el Norte, quizá por quedar la zona entregada a sus propias fuerzas, que es tanto como decir a sus propios defectos, sin el menor control del poder central, pese a la debilidad de éste.

El teniente coronel Francisco Buzón Llanes redactó, el 21 de noviembre de 1937, un informe general de lo ocurrido en el frente Norte, con destino al gobierno de Valencia (40), en el que se lee: «Cada una de las tres provincias tenía su gobierno, que odiaba cordialmente a los otros dos... Entre cada dos provincias existía una frontera, mucho más difícil de atravesar que una internacional... Cada provincia tenía su moneda y no permitía la circulación de la emitida por las otras...»

Claves de la campaña del Norte eran, por un lado, la posible ocupación de Oviedo por los marxistas asturianos; por otro, la conquista de Bilbao por las fuerzas nacionales. Pero Oviedo resistió terribles embates, que culminaron en los meses de febrero y marzo de 1937, y Bilbao fue liberado el 19 de junio de ese mismo año.

El desbarajuste era total, aun donde resultaba menos aparente: en la provincia de Vizcaya. El general Llano de la Encomienda, en el informe que redactó sobre su actuación en el Norte, señala con respecto a dicha provincia estas acusaciones: «La retaguardia,

(29) *Yo, ministro de Stalin en España* (edición española), Nos, Madrid, 1954, pág. 173.

(30) Artículo publicado en *El Socialista,* número correspondiente al 20 de enero de 1953.

(31) *The Last Days of Madrid,* Peter Davies, Londres, 1939, pág. 54.

(32) Ob. cit., pág. 262.

(33) Ob. cit., págs. 178-179.

(34) *Por qué perdimos la guerra,* Ediciones Imán, Buenos Aires, 1940, pág. 129.

(35) Ob. cit., pág. 266.

(36) Ob. cit., pág. 144.

(37) *Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético,* Sucesor de Hipólito de Pablo, Guadalajara, 1945, págs. 142-145. (El autor fue asesinado, según orden del Kremlin, por escribir este libro.)

(38) Ob. cit., págs. 183-184.

(39) *Terror in Spain.* Citado por E. Comín en *Historia secreta de la segunda república,* tomo II, Nos, Madrid, 1955, página 419.

(40) El documento se encuentra en el Servicio Histórico Militar (Archivo de la Guerra de Liberación).



Ciento veinte mil comunistas, la «canaille» universal, como estos de la foto, nutrieron las Brigadas Internacionales pagadas por la propia España.

modelo de orden en la forma, era un desastre en el fondo. Las luchas políticas, por el predominio de los puestos de gobierno, lo absorbían todo. Socialistas y comunistas prestaban al Gobierno un apoyo que llegaba a la claudicación, mientras los nacionalistas hacían gala de un engreimiento que rayaba en la soberbia... La disciplina era aprovechada para distanciar la oficialidad de la tropa, buscando los primeros una vida fácil y cómoda. Los mandos, ineptos y faltos de preparación, se pasaban la vida en Bilbao, mientras los comandantes e intendentes abandonaban, de un modo lamentable, el cuidado de la tropa» (41).

El 9 de junio se rompería el «cinturón de hierro», esperanza de tantos, y diez jornadas después se ocuparía la capital del Nervión. Santander, luego de Bilbao, apenas resistiría, y aunque en Asturias habría, sí, dura lucha, el final se alzaría irremediable; un final apoteósicamente dramático, en el que Gijón sería escenario de una pelea de todos contra todos para alcanzar los barcos y unos pocos aviones y huir.

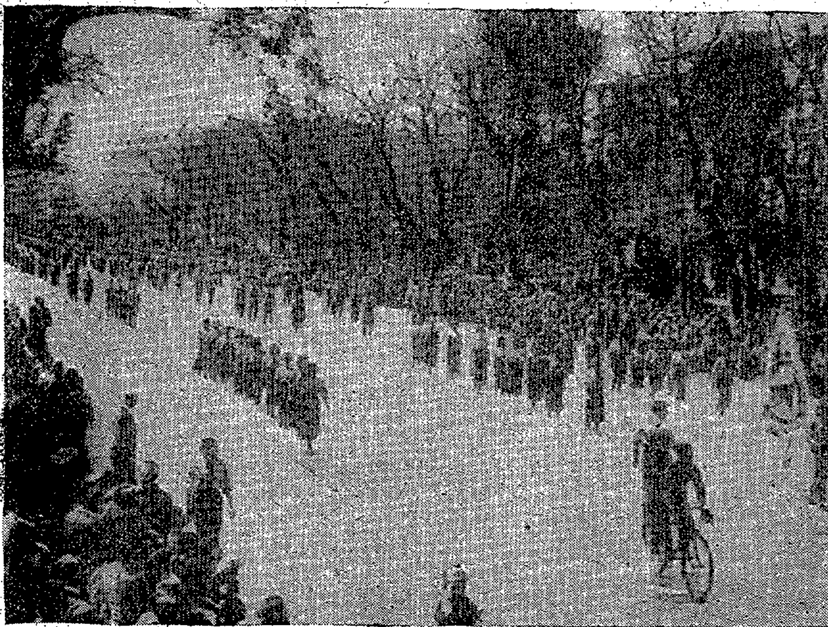
En el informe, ya citado, del teniente coronel Buzón Llanes, se lee: «Los acontecimientos se precipitan, se intenta organizar algo sin resultado, los barcos que la Consejería de Pesca señala como útiles están en dique reparando averías, los que hay en el muelle no tienen tripulaciones, ni víveres, ni combustibles, y aun así se les toma al asalto... Uno de los barcos fue el *María Santiuste,* de cabotaje y unas 200 toneladas. Cargó unas 642 personas, zarpó a las nueve de la noche poniendo dos ametralladoras en el puente para poder despegar del muelle, donde la gente amenazaba con bombas de mano. Otras salidas se hicieron a tiros y sacando muertos a bordo... Y viene la noche trágica: alrededor de 60 barquichuelas huyendo con las luces apagadas para burlar un bloqueo que mantenían el *Cervera* y el *Velasco,* con 10 bous; esta odisea, dura cerca de cuarenta horas, y a las ocho de la mañana del 22, hambrientos, sedientos y rendidos por el temporal corrido a la vista de Burdeos se fondea en una ría, donde se nos aísla como apestados, se nos impide toda comunicación con tierra, llegando un momento en que hay que desarmar a la gente de a bordo, porque quieren hacer fuego contra el barco francés que nos vigila, diciendo que así irán a la cárcel y comerán y beberán.»

LAS BATALLAS PERDIDAS. Y TAMBIÉN LAS ESPERANZAS...

El escepticismo inteligente de algunos personajes de la España roja era indudable. El primero de todos, el propio presidente de la República. Oigamos el testimonio de Ossorio y Gallardo, embajador de la España roja: «Porque lo que pasaba era que Azaña no creyó en nuestra victoria y que desde el primer momento nos vio perdidos» (42). Indalecio Prieto, ya en

(41) Archivo de la Guerra de Liberación del Servicio Histórico Militar.

(42) *Mis memorias,* Editorial Losada, Buenos Aires, 1946, página 226.



Madrid, 1.º de mayo de 1936.—Prohibidos por el Gobierno del Frente Popular los desfiles de formaciones militarizadas, esta prohibición no alcanza a las milicias marxistas, precursoras del futuro ejército rojo, como ésta que se ve en la foto.

junio de 1937, confesó «que no veía probabilidades de ganar militarmente la guerra» (43). Con respecto a Companys, presidente de la Generalidad catalana, escribe el anarcosindicalista Peirats, refiriéndose a los sangrientos sucesos de mayo en Barcelona: «Daba la impresión de estar aguardando, con mal contenida impaciencia, una pronta solución del conflicto y de la guerra misma por intervención de la escuadra británica» (44). Finalmente, Madariaga declara que, «en el fondo», existía desde el primer día de la guerra, en la zona marxista, un movimiento de opinión a favor de una paz negociada (45).

Brunete es, por unos días, la ilusión de todos. Es una ofensiva meticulosamente preparada, con grandes efectivos y siguiendo la inspiración soviética, incluso contra la voluntad de los altos mandos españoles (46). «A juicio de Prieto—escribió Azaña—las operaciones en el sector de Madrid van a descubrir el porvenir de la guerra para nosotros. Si fracasan no hay nada que hacer. El ejército de Madrid no puede ser llevado a otra parte. Es el mejor, y se le está reforzando. Se llevará toda la aviación disponible y una masa de artillería. Si no se logra aquí un éxito de importancia no podrá obtenerse en ninguna parte» (47). Pero Brunete es una catástrofe más.

Teruel ya no alberga la ilusión de un éxito decisivo, sino tan sólo la de prolongar la guerra pensando en un conflicto europeo o mundial. Idea ésta vieja y con relación a la cual el socialista Wenceslao Carrillo dice que, después de terminar la campaña del Norte, «no había desaparecido la esperanza de victoria que el partido comunista y el Gobierno de Negrín seguían imbuyéndose, y que se basaba en la posibilidad de una guerra mundial» (48). Prieto, por su parte, había querido desencadenarla en el mes de junio de 1937, a raíz del bombardeo de Almería, buscando la flota alemana, para realizar con una masa de aviones una fuerte agresión. «Era la proposición de un pesimista», confiesa (49). Mas Teruel es un nuevo y rotundo fracaso, que destrozará una gran masa de fuerzas.

Franco, aprovecha la nueva derrota roja y desarrolla las victoriosas campañas de Aragón y Levante. Con respecto a ellas señala el extremista Antonio Ramos Oliveira: «El derrumbamiento del frente pirenaicoaragonés y la llegada de los insurgentes al Mediterráneo confirmó a muchos en la convicción—que algunos padecían desde el 17 de julio de 1936—de que la guerra estaba perdida para la República» (50).

Otra menguada esperanza, venida al suelo cuatro meses después de durísimas luchas, fue la batalla del Ebro, planteada también según dictamen de Moscú, si hemos de hacer caso al ministro de Justicia Jesús Hernández: «La batalla del Ebro—dice—tal y como fue desarrollada, se debe eminentemente a la inspiración soviética, y aunque el Estado Mayor republicano le cupo toda la gloria de su ejecución, la alta dirección estratégica estuvo supeditada al consejo de los generales soviéticos» (51).

Tras el Ebro quedaban abiertas las puertas de Cataluña. Oigamos a Vicente Rojo: «No teníamos Ejército. Los hombres que por aluvión a él llegaban servían para muy poco... Al espíritu de resistencia había sustituido la idea de salvación. Temían todos verse copados. Sabían la importancia de la maniobra que el enemigo iba a realizar y dominaba por encima de todo el deseo de no caer en sus garras» (52).

(43) *Yo y Moscú*, Editorial Nos, Madrid, 1955, pág. 241.

(44) *La C. N. T. en la revolución española*, Ediciones C. N. T., Tolosa (Francia), 1951, pág. 192.

(45) Ob. cit., pág. 665.

(46) Estos mandos proyectaron una operación por Extremadura, destinada a separar las zonas nacionales del Norte y el Sur, en vez de la de Brunete; mas la negativa de los jerarcas rusos fue absoluta. El forcejeo originó la caída de Largo Caballero y el alza de Negrín, hombre fácil para los manejos de Moscú. Sobre el particular puede verse, entre otros: Largo Caballero, *Mis recuerdos*, pág. 275; Madariaga, *España*, págs. 635-636; Araquistáin, *El comunismo y la guerra de España*, pág. 21; S. Casado, *The Last Days of Madrid*, págs. 72 y 73.

(47) *Memorias* íntimas de Azaña, inéditas, conservadas en el Servicio Histórico Militar, folio 47.

(48) *El último episodio de la guerra civil española*, Secretariado de Publicaciones de la J. S. E., Toulouse, 1945, página 5.

(49) Ob. cit., pág. 241.

(50) *Historia de España* (tomo III), Compañía General de Ediciones, México, s. a., pág. 327.

(51) Ob. cit., pág. 210.

(52) *¡Alerta a los pueblos!*, Aniceto López, Buenos Aires, 1939, págs. 168-169.

El final de la guerra en Cataluña

El 23 de diciembre de 1938 se rompió el frente; el 15 de enero se conquistaba Tarragona. Sigamos oyendo a Vicente Rojo: «El Ejército del Ebro, que cubría Barcelona, venía siendo batido sin posibilidades de rehacerse. Sus unidades, prácticamente no existían... Barcelona se perdió lisa y llanamente porque no hubo voluntad de resistencia, ni en la población civil, ni en algunas tropas contaminadas por el ambiente. La moral estaba en el suelo» (53).

¿Y después? Julián Zugazagoitia dice: «Cada cual pensó en organizar la defensa de su vida, en ponerse más allá de la frontera. No había nada que hacer en Cataluña. La derrota estaba moralmente consumada. De boca en boca circulaban las versiones más lamentables, las censuras más agrias, las descalificaciones más tajantes. ¿Cómo sorprenderse de un final amargo, después de una política tan desatentada? Los comunistas acaparaban todas las maldiciones» (54).

Ramos Oliveira dará nuevas pinceladas al cuadro: «El barullo político, que nunca cesó, la acción corrosiva del separatismo, las luchas personales de los partidos, que se reflejaban incluso en el acaparamiento de provisiones por organismos partidistas, agudizaban el malestar público. Las privaciones de todo linaje, el largo sufrimiento y, sobre todo, la súbita disipación de la esperanza de contener al enemigo en las montañas, se coligaron para anunciar el fin de la resistencia republicana en Cataluña» (55).

El acto último de la guerra en el viejo principado no puede ser más sombrío. De nuevo habla Vicente Rojo: «Por todas las carreteras van procesiones de gentes, automóviles, camiones; los que no tienen posibilidad de ir en coche y disponen de armas, asaltan a los que no las llevan, obligan a bajar a sus ocupantes, y siguen ellos en el vehículo... De este modo, una masa humana, con su impedimenta absurda, con su hambre, con su miseria, formada por fugitivos del frente, por militares de retaguardia y por personal civil de todas las clases y edades, caerá sobre la frontera...» (56).

El final de la guerra en el Centro

Tras la pérdida de Cataluña, ¿qué quedaba por hacer?

He aquí el panorama de la España oficial roja, descrito por García Pradas: «El Gobierno no se atrevió a residir en Madrid, ni en Valencia, ni en ninguna parte. Anduvo de un lado para otro, reuniéndose en hoteles, comandancias militares o casas de campo, y gastando gasolina en huir de su propia sombra... De la mañana a la noche, desaparecían directores de periódicos que sólo sabían escribir en pro de la resistencia; oradores que se habían hartado de decir en los mítines que Madrid sería Numancia... Fuera de Madrid, de aquel Madrid batido por la artillería contraria, la desmoralización era mucho mayor» (57).

Alvarez del Vayo ha descrito una reunión mixta político-militar «de alto nivel», destinada a decidir sobre la continuación de la lucha: «Lo que me deprimió aún más fue la moral de los jefes militares... Nuestras palabras de aliento no encontraron eco en sus espíritus, muertos para toda reacción, pues sólo anhelaban una cesación rápida de las actividades. La única obsesión de esos hombres, apenas velada por el convencional lenguaje de la discpilina, era acabar con la guerra del modo que fuese» (58).

El comunista Jesús Hernández, entonces comisario jefe de la región Centro, se refiere así a aquella reunión: «El almirante Buiza no se recató en anunciar que la flota desertaría si no se emprendían inmediatamente negociaciones de paz... El coronel Camacho expuso la precaria situación en que se encontraba la aviación de caza y bombardeo, proponiendo también la apertura de negociaciones. El general Matallana y los gobernadores militares de casi todas las zonas se pronunciaron por el cese de la contienda» (59).

¿Y la población civil? Oigamos de nuevo a García Pradas: «Nuestro primer enemigo era la situación en que nos encontrábamos: agotamiento espiritual, fisiológico, económico, político y militar, del cual arrancaban peligrosas reacciones de miedo.» Y en cuanto a los milicianos, éstos «íbanse al campo contrario con un fusil, un mortero, una ametralladora, y el número de los que se marchaban a su pueblo crecía asombrosamente» (60).

El 4 de marzo habla por la radio Julián Besteiro: «El gobierno del señor Negrín—dice—con sus veladuras de la verdad y con sus propuestas capciosas, no podía aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que se ha perdido para el interés de la masa ciudadana combatiente y no combatiente, y esta política de aplazamiento no podía tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional desencadenase una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, pereciesen las masas proletarias de muchas naciones del mundo» (61).

De nuevo el fantasma de una guerra universal como único aliciente para seguir combatiendo. Pero lo que tiene lugar es una pelea entre los propios soldados de la España roja. Ramos Oliveira es aquí muy escueto, y nosotros nos creemos dispensados de detallar los terribles sucesos: «El desarrollo de la lucha intestina en las calles de Madrid, en el seno de una población indiferente y fatigada, podemos obviarlo sin riesgo de defraudar a la Historia» (62).

Segismundo Casado nos va a contar ahora cómo se liquidó para siempre el semicerco de Madrid: «En la tarde del 27 de marzo los soldados republicanos comenzaron a abandonar los frentes. Casado ordenó al jefe del ejército del Centro que no se opusiera a la desbandada. A las siete de la mañana del día 28, el coronel cursó instrucciones al jefe del ejército mencionado para la rendición, y hecho esto, Casado consideró cumplida su misión en Madrid y se dispuso a salir para Valencia, para liquidar los demás ejércitos del mismo modo» (63).

Era el final.

... Y después del final

Valentín González, «el Campesino», el que mandara un día un batallón, luego la I Brigada Móvil de Choque y más tarde la División 46, nos recuerda, en las líneas que siguen, la suerte de los desdichados que el oleaje de la guerra arrojó a la U. R. S. S., creyendo encontrar allí el paraíso perdido, la aurora de una nueva edad: «El número de refugiados llegados a la Unión Soviética era de 3.961. Había un pequeño porcentaje de internacionales, la mayoría de los cuales

(53) Ob. cit., págs. 171-172.

(54) *Historia de la guerra de España*, Editorial Vanguardia, Buenos Aires, 1940.

(55) Ob. cit., pág. 354.

(56) Ob. cit., págs. 191 y 193.

(57) Ob. cit., págs. 33 y 45.

(58) Ob. cit., pág. 361.

(59) Ob. cit., pág. 221.

(60) Ob. cit., págs. 112-113.

(61) Ramos Oliveira, ob. cit., pág. 380.

(62) Ob. cit., pág. 390.

(63) Ob. cit., pág. 65.

habían sido deportados o muertos... Había además, 102 maestros y 1.700 niños, llegados a la U. R. S. S. con anterioridad a nosotros... ¿Cuántos de esos seis mil refugiados quedaban con vida cuando yo salí de Rusia? No me es posible dar un número exacto; pero, según una estimación objetiva, no debía llegar a los 1.200. ¡Unos 1.200 de un total de 5.823! Pero yo pregunto a los dirigentes comunistas españoles cómo han muerto los 4.600 compatriotas refugiados en Rusia... Y entre los que viven aún, ¿cuántos profesan hoy sinceramente el comunismo? Si éstos logran salir algún día con vida de Rusia, cosa que dudo mucho, ¿cuántos seguirán siendo comunistas en un país libre? No más de doscientos. Los doscientos privilegiados del mando» (64).

VENCIERON LOS MEJORES

Queremos terminar este trabajo dando sencillamente unas opiniones, nada sospechosas, sobre las causas por las cuales las fuerzas de Franco alcanzaron el triunfo total el 1 de abril de 1939.

Segismundo Casado parece lavarse las manos, atribuyendo el fracaso militar de la España roja a los rusos. Otro tanto hizo Besteiro. Pero Madariaga es más exacto al decir: «¿Por qué ganaron la guerra los rebeldes? Hay una contestación perezosa y apasionada: porque les ayudaron Alemania e Italia. Pero esta contestación perezosa es falsa. La verdadera causa del fracaso de los revolucionarios fue la misma revolución... La guerra civil degeneró en un duelo singular entre un ejército bien mandado por su jefe con un Estado regido por una disciplina militar, frente a una turba de tribus malavenidas: la U. G. T., la C. N. T., la F. A. I., el P. O. U. M., el P. U. S. C., el partido comunista, el partido socialista partido por gala en dos, la Generalitat, Euzkadi y otros que olvido, cada uno tirando por su lado. Esta multitud de multitudes no podía aspirar, ni de lejos, al nombre de alianza, porque vivía en guerra civil endémica» (65).

Vicente Rojo, militar profesional a la postre, valorará el fracaso desde un punto de vista estrictamente militar: «Franco ha triunfado porque lo exigía la ciencia militar, el arte de la guerra. Muchas veces, comentándolo con mis compañeros, que tenían motivo para entender de estas cosas, yo decía: si triunfamos nosotros, tal y como ahora somos, el arte de la guerra, según lo concebimos, y como nos lo enseñaron, vendrá al suelo, porque habremos demostrado cómo una masa que se llama ejército, sin haber logrado una organización; sin cohesión, porque aún no responde fielmente a los resortes de la obediencia y de la colaboración; sin unidad moral, porque en nuestro conglomerado político-militar aún tiene cabida todo y porque se halla minado por múltiples discordias intestinas; sin grandeza de aspiraciones en algunos dirigentes, que anteponen sus intereses personales o partidistas a los de la masa popular, despertando con ello en muchos combatientes las miras localistas antes que las nacionales que mueven a los ejércitos; sin medios materiales adecuados para hacer la guerra, porque los que tenemos son escasos, malos o tardíos y siempre inferiores a los del adversario; y sin instrucción, porque no puede improvisarse la de más de un millón de hombres, sin técnicos, etc.; una masa así, decimos, habrá vencido a tropas donde se revelan características totalmente opuestas. Y como esto, decía yo, es contrario a toda suerte de razones naturales, lógicas y positivas, es preciso, para vencer, transformarse... Franco ha vencido por su superioridad; una superioridad lograda por su acción directa y por nuestros errores» (66).

¿Cabe decir algo más después de esto?

(64) *Yo escogí la esclavitud,* Ediciones Maracay (Venezuela), págs. 296 a 298.

(65) Ob. cit., págs. 688 a 691.

(66) Ob. cit., págs. 268 a 280.



Manifestación en Moscú.